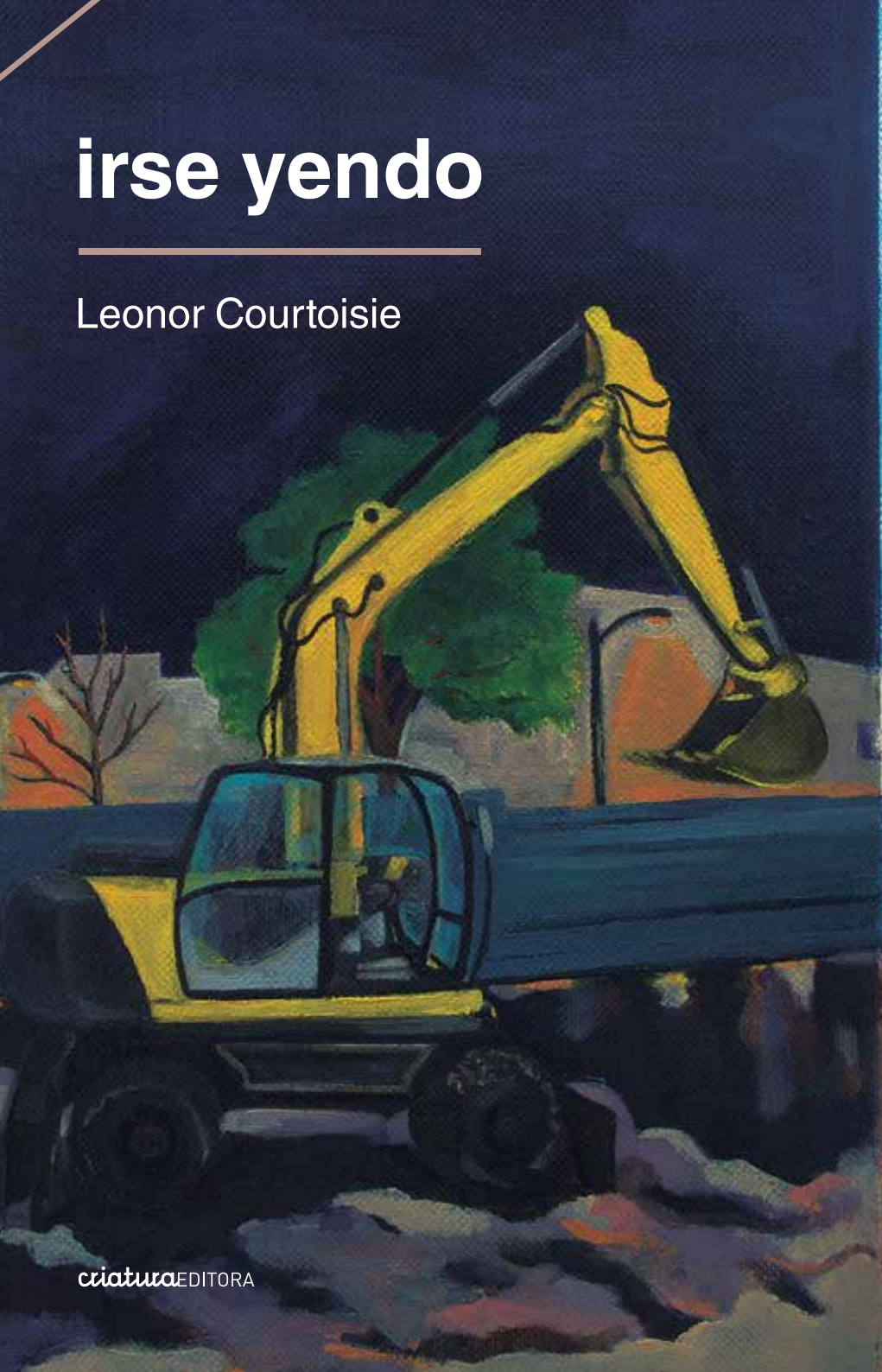
irse yendo

Leonor Courtoisie



criatura EDITORA

Irse yendo
-
Leonor Courtoisie

criatura EDITORA

Irse yendo
Leonor Courtoisie

Criatura editora, primera edición, Montevideo, 2021.
132 páginas: 13,5 × 21 cm.

ISBN 978-9915-9381-0-3 Narrativa

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© Leonor Courtoisie, 2021.
© Verbum - libros SRL, 2021.
Bacacay 1318 bis, Montevideo

www.criaturaeditora.com.uy
criatura@criaturaeditora.com.uy

Diseño: Juan Odriozola
Ilustración de cubierta: María Agustina Fernández Raggio
Corrección: María Eugenia Martínez

Los fragmentos «La obra escocesa» [pg. 105] y «Máscara» [pg. 115] se basan en «La tragedia: perspectivas y análisis. Crónicas de Rafael Holinshed como fuentes de Shakespeare», publicado en ‹quintanatejera.blogspot.com› en marzo de 2016.
El título de la novela es una ocurrencia de Francisco Álvez Francese para una nota sobre *Todas esas cosas siguen vivas.*

Contінta me tienes, España, 2021. La primera edición se publicó en Madrid en enero. Esta es una edición corregida y revisada.

Impreso y encuadernado en
Gráfica Mosca
Montevideo - Uruguay
Depósito legal . - Comisión del papel
Edición amparada al decreto 218/96

Como en la vida uno no puede muchas veces prever lo que le va a suceder y mucho más en ciertas circunstancias y en ciertos regímenes sociales, de acuerdo con cierto temperamento personal que uno puede tener, es costumbre de muchos de nosotros tener listas dos o tres grandes aventuras para optar por una de ellas a la hora de tener que decidir.
ALFREDO ZITARROSA, 1967, Teatro Odeón de Montevideo

Luchar contra el oficio es no dar nada por sentado, es estar en la escritura como en un enigma que solo al escribir se produce.
ALICIA MIGDAL

Las raíces están destruyendo los cimientos de la casa. Dice mi madre que si no cortamos el árbol, se mata. Hay demasiada humedad, eso la deprime. Me voy a suicidar, dice, si no cortamos el árbol me voy a suicidar. Ella necesita la luz, los rayos del sol secando al mediodía, las estelas de polvo brillando contra las ráfagas de la tarde, y yo le digo que no, que no podemos cortarlo, pero ella insiste. El gomero levantó las baldosas naranjas ahora verdes musgo quebradas del patio por un ecosistema que produce su clorofila intensa entre las paredes grises carcomidas que sostienen el fondo de una casa de una familia que ya no es. A veces vienen los halcones que cría el municipio a pararse en lo más alto para observar con detención y cazar alguna rata. Mi hermano Sebastián me mandó unas fotos que les sacó a los halcones como si fueran animales que vuelven. De domésticos no tienen nada y de seguro no sienten afecto alguno por mi familia, pero por nuestra casa sí. El árbol es el pulmón de la cuadra y ocupa un punto medio en la manzana. Hace poco busqué en internet y vi la imagen del árbol en contraste con el resto de las casas de azoteas que atestan el barrio. Las azoteas también son bellas con su monocroma que predomina, alguna cuerda con sábanas suspendidas y

dos o tres plantas ornamentales puestas como adornos para embellecer la monotonía que abruma en los techos montevideanos. Es cierto, como dijo el personaje del padre al personaje del hijo en una película que vi hace unos años, el tipo estaba en el exilio español y decía que de Buenos Aires extrañaba los techos, Montevideo no es Buenos Aires y yo no extraño los techos porque vivo en uno. Vivo en la casa de arriba de la casa de mi familia y mi casa tiene una puerta que da a la azotea y a los techos del techo. Por mucho tiempo creí que era imposible extrañar lo que una transita, pero hoy encontré el instante exacto de la nostalgia en la casa de abajo, hay un lugar donde sentarse a contemplar la inmensidad del árbol. La descripción literaria es inviable, porque por más que presenciar la infinitud de cualquier árbol pueda percibirse similar, cuando una se sienta en un sillón a determinada altura del suelo, levanta la mirada al enorme ventanal y sigue con los ojos el tronco grueso que corta la puerta en diagonal y las ramas que suben hacia el cielo, se detiene el tiempo. Intento explicarle a mi madre la importancia de mi punto de vista, le digo que no me interesan los cimientos de la casa ni las cañerías, que asesinar un árbol es un crimen y que no quiero ser cómplice de asesinato. Mi madre vuelve a repetir lo que podría ser el comienzo de esta historia: si no cortamos el árbol me suicido, y agrega, si no lo cortás vos lo corto yo, no te hagas problema. Si me dan a elegir entre la muerte de mi madre y el corte del árbol, prefiero a mi madre viva.

Nosotros los miedosos

Cuando Roberto me invitó a trabajar con él estábamos en Los Yuyos. Esa noche tomamos cerveza hasta la madrugada y nos volvimos juntos en un taxi. Habíamos salido del ensayo de la obra con la que terminaríamos el taller que daba en Casavalle, un barrio periférico de la ciudad de Montevideo que tiene un Centro de Desarrollo Económico Local hecho por el progresismo y apoyado por la Unión Europea que parece un bloque de concreto en el medio del cante. Cerca del CEDEL está el Cementerio del Norte, ahí enterramos al Gordo Diego, pero llegué tarde, siempre llego tarde a los entierros o ni siquiera llego. Después de que el Gordo Diego se murió escribí uno de mis primeros cuentos y se lo pasé a uno que es poeta y escribe cuentos, pensando que me invitaría a leer en alguno de esos eventos literarios donde la gente lee, pero no, me parece que dijo algo así como: está bien, tiene algunos temas de puntuación, y no mucho más, y yo quedé triste, nunca pensé que su respuesta estaría relacionada con la sintaxis del texto. Ese cuento quedó en la nada y no lo volví a leer, pero lo voy a buscar porque fue una de las primeras muertes.

Cuando murió el Gordo Diego falté al taller de Roberto, el velorio fue el martes y el miércoles era el entierro. Para llegar al entierro tenía que tomar el mismo bondi que tomaba para ir al CEDEL. El recorrido, que terminaba en ese centro, pasaba por todas las tumbas, florerías y empresas de venta de artefactos de mármol que rodean el Cementerio del Norte, es más, años después, cuando

ya estaba ensayando para la obra de Roberto, hicimos un ejercicio con un compañero y rompimos el lavabo de casa, entonces tuve que ir de nuevo hasta el Cementerio del Norte para comprar uno del mismo mármol del mismo color y con la misma piedra rojita y negra. El nuevo anda tirado en el comedor antiguo entre las vajillas chinas de mi abuela porque nunca lo colocamos, porque no sabíamos cómo hacerlo y Pancho, el amigo de Roberto que trabaja en la construcción y siempre le hace las escenografías, dijo que lo haría pero después empezamos a construir la obra y nunca más se habló del tema y ahora en el baño hay una canilla sin soporte con un balde blanco de plástico debajo por si alguien tiene una urgencia y debe lavar sus manos. Igual hay otro baño idéntico, uno al lado del otro, y el otro sí tiene lavabo así que tampoco es un problema tan grave, es más que nada estético y alguna vez mi primo Agustín preguntó qué había sucedido con el mármol a lo que respondí: se rompió en mil pedazos, fue un accidente. Obviamente no le dije que Carlos, mi compañero actor, se había sentado sobre el lavabo a pesar de que le advertí que no lo hiciera mientras ensayábamos una escena en el baño de casa. La escena estaba buenísima pero no recuerdo nada de lo que decíamos y después del quiebre quedé tan aturdida que empecé a tomar whisky aunque nos habían dicho que no podíamos tomar en el ensayo. Tomar siempre estuvo prohibido pero nunca dejó de hacerse. Parece que en la obra anterior, en algunas funciones, habían tenido graves problemas

con el alcohol, algo así como que alguien le había pegado a alguien en escena o que alguien estaba tan borracho que no podía mantenerse de pie, cosas normales que suceden cuando tomás mucho alcohol. La noche antes del entierro del Gordo Diego creo que tomé mucho alcohol, estábamos con dos amigos de un exnovio y terminé garchando con uno de ellos. Creo que él no se acabó o no se acababa pero yo me acabé toda y me quedé dormida. A ese tipo le terminaron poniendo un marcapasos con treinta y dos años de la cantidad de cocaína que toma, y el pobre Gordo Diego se murió con veintipocos.

Después de ese entierro tuve mi primer problema para volver a actuar. No podía permanecer en escena porque sentía demasiada vida y eso me generaba un profundo miedo a morir. La parálisis fue tal que llegué a la conclusión de que si el Gordo Diego había muerto yo no merecía vivir porque éramos lo mismo, un sinsentido absoluto pero en esa época me pareció razonable. Uno de los ejercicios de Roberto consistía en salir a escena como si fuera la última vez que te subieras a un escenario. La mezcla intensa entre la última vez y la percepción de vida total, sumada a que el bondi que me tomaba para ir a ese lugar era el mismo que me había tomado para ir al entierro del Gordo Diego, me daba un miedo terrible que con el tiempo fui superando y que creí haber superado por completo cuando empecé a ensayar para la obra de Roberto a la que me invitó aquella noche después del taller en un taxi del que recuerdo

bajarme y decir: no te olvides de mí, Roberto, yo me voy a vivir a Argentina pero vuelvo y hacemos la obra, y él respondió algo así como: no te preocupes, chiquita, no me olvido.

Los restos

Hice una obra de teatro en mi casa para juntar dinero, cortar el árbol y eliminar la depresión de mi familia. Pensé que podría pero cometí actos contrarios y la emoción no prosperó. Decidí hacer la obra escocesa de William Shakespeare con mi madre y con mi hermano. Intenté convencer a mi madre de hacer *Macbeth* pero me dijo que ni loca se aprendía todo ese texto. Traté de manipularla asegurando que haríamos la obra para sacarle la depresión a mi hermano y a mi hermano le afirmé que haríamos la obra para sacarle la depresión a mi madre. Mi madre fue imposible de convencer. Me dijo que de ninguna manera, que no quería desconocidos en la casa. Yo le avisé que el teatro no es un evento popular, que no se te llena de gente así nomás, que es más bien de clase media, y no le importó, dijo que no y que no. Me puse a llorar, le dije que necesitaba hacer la obra y que la iba a hacer igual, por las mañanas, cuando ella estuviera trabajando. Mi madre resopló: ¿para qué me preguntás si la vas a hacer igual? Y siguió mirando la tele. Cuando le informé a mi hermano menor, dijo que sí. Ordené: andá aprendiéndote el texto. Y me dijo, me la sé de memoria. Le dije, no mientas, Sebastián. Respondió: es la sexta vez que estoy haciendo quinto de liceo, la doy en Literatura, me la sé de memoria. Durante el proceso me

di cuenta de que no íbamos a representar *Macbeth*, pero insistí, convencer a mi madre y a mi hermano de hacer una obra de teatro en la casa para eliminar la depresión de mi familia. No fue fácil, pero así fue y, con casi treinta años, hice una obra por las mañanas y entre semana mientras mi madre trabajaba, para que no se enojara por que llevaba desconocidos a la casa.

Las paredes

A Roberto lo conocí de casualidad, la novia de un amigo de uno que era mi novio me dijo que había un tipo que daba unos talleres gratuitos y que el teatro que hacía estaba buenísimo. No tenía idea de quién era pero me interesó la gratuidad de los talleres y le pedí a la novia del amigo del que era mi novio que me tuviera al tanto. Al tiempo noté que con ese novio y una que creo que le gustaba a mi novio de ese momento y que una vez me había ayudado a preparar la prueba para entrar a la escuela de teatro a la que en ese momento no entré, habíamos ido a ver una obra de ese tal Roberto. El nombre de la obra no lo sabía, yo tenía dieciocho años pero parecía mentalmente de quince aunque tuviera cuerpo de veinticuatro y estuviera más preocupada por la situación entre la que le gustaba a mi novio que después me ayudó a preparar la prueba para la escuela a la que no entré y mi novio de ese momento que en el nombre de la obra que iba a ir a ver. Sé que fuimos en un vehículo y que la pasamos a buscar a ella y a una amiga de ella y que primero fuimos a un bar que se llamaba Azul, o algo

así, que tenía las luces tenues y en el que la gente estaba tomando grapamiel. El público esperaba en el bar, Roberto les hablaba y los llevaba caminando hacia el patio de adelante de una casona antigua de la que dos actrices salían y decían que la función se había cancelado. Una tenía un vestido de novia y el maquillaje corrido, lloraba y cargaba un ganso entre manos. Luego nos hacían pasar a la mansión y no recuerdo mucho más, pero sé que otra te daba una frazadita y te decía algo así como: qué lindos ojos que tenés. El color de las paredes en un rosa pálido viejo y el final de la obra son lo único que quedó en mi memoria. El actor del final hacía un monólogo mientras la casa se inundaba. Ese actor era Carlos, el que años después me rompió el lavabo del baño de casa. Cuando di la prueba para entrar en la escuela de teatro que la muchacha que le gustaba al que era mi novio me ayudó a preparar, me hicieron escribir sobre una obra. La consigna era hacer un análisis sobre la obra que quisiera según un texto que nos habían dado para leer que ya olvidé. Levanté la mano y dije: quiero escribir sobre una obra pero no sé el nombre de la obra, y el profesor que tomaba el examen respondió que cómo no iba a saber el nombre de la obra. Acoté que la obra era en una casa en el Prado pero que nunca me dijeron cómo se llamaba y una chica se dio vuelta y afirmó: *La estrategia del comediante*, estoy escribiendo sobre lo mismo. A ella me la volví a encontrar en los pasillos y me dijo: estoy segura de que vos y yo vamos a quedar. Ninguna de las dos entramos a la escuela de teatro. Al tiempo la

vi actuando en una obra de Roberto, pero ahí yo ya había hecho el primer taller con él en Malvín Norte. Nunca pensé que con Luisa seríamos compañeras de elenco. Mis imágenes de ella son difusas, en distintos lugares y momentos de la vida. Ella era payasa y hacía improvisación, una vez me habló mal y me dijo: ¿viste a mi novio?, después, por suerte, se hizo torta del todo y empezó a estar con mujeres que le hacían bien. Luisa hizo el taller de Roberto en otro barrio y con otro grupo un año o dos antes que yo. Y yo hice el taller porque la novia del amigo del que era mi novio me dijo de ir y porque me gustó el grupo y la idea de ir al bar después de cada jornada o de hacer asados siempre que era posible. En esos dos años viajé todos los sábados hasta Euskal Erría y tuve dos novios distintos, uno peor que el otro. Una noche me quedé a dormir en la casa de uno de esos novios y estuvimos con su mejor amigo, a la mañana siguiente le escribí a Roberto porque sabía que vivía cerca y que él siempre iba en moto, fuimos hasta el taller mientras le contaba cómo le había chupado la pija al amigo de mi novio mientras mi novio me cogía, estuvo bueno ese viaje en moto y usé casco.

Irse yendo
Leonor Courtoisie

Dicen que los gomeros son de la misma familia que las higueras y dicen que las higueras son puertas al infierno. La narradora de *Irse yendo* tiene que cortar el árbol que ha mirado —desde el fondo de la casa de su abuela muerta— a varias generaciones de una familia tan excéntrica como cualquiera.

También *Macbeth* trae mala suerte, se lleva a los hijos, conjura la tragedia. Bajo el doble signo del infortunio, esta novela es la historia de un despojo. Con una reina de campera roja y buzo estirado que está a punto de perder su palacio en un barrio Sur que se gentrifica. Con gente cambiando de lugar los cuerpos. Los cuerpos masculinos de ausencia o violencia. Los cuerpos en escena. Una obra de teatro que se construye sobre los restos de otra que se abandona, que se maldice.

La prosa de Courtoisie se arroja sin miramientos, pero es de alguna manera un vómito puntilloso, nada librado al azar o al impulso. Una primera novela topadora, que no deja en pie ninguna construcción, ni de las tradicionales ni de las contemporáneas.

«En las noches de escombros no había historias fascinantes. En esas madrugadas, todos y cada uno de nosotros teníamos que sostener el silencio. La afasia de no tener tiempo».

ISBN: 978-9915-9381-0-3
9 789915 938103

criatura EDITORA